

CUARTO ARTICULO

LA REVOLUCION

SU NATURALEZA

Las reflexiones hechas en los artículos anteriores, nos suministran datos para apreciar la naturaleza y carácter de nuestra revolución. Vamos a hacerlo en el presente, no obstante la desconfianza que nos infunden la cortedad de nuestros recursos y las dificultades de la empresa, tanto para cumplir nuestro compromiso, como por llamar la atención de nuestros lectores a tan importantísimo estudio. Este, que hoy es posible, no lo fue para nuestros padres que carecieron de la experiencia que nos ha dado la historia de los últimos 50 años. Imbuídos de teorías seductoras y deslumbrados, además, por el brillo esplendoroso de las trece estrellas del Norte, imaginaron, inexpertos, que la libertad y la república eran por sí solas capaces de producir, como por milagro, la felicidad de los pueblos. "La humanidad, dicen, es la misma en todas partes", y de este principio general deducen, que instituciones iguales harán pueblos iguales. Bajo el prestigio de semejante error, no se curan de prever los obstáculos con que tropezarán las nuevas instituciones para removerlos, ni los males que éstas pueden ocasionar a pueblos no preparados a recibirlas, para evitarlos, y los lanza así por un océano tempestuoso sin brújula ni timón, en busca de regiones vagamente conocidas.

Pero lo más extraño es que nosotros sus hijos, alocionados ya por la práctica y el sufrimiento, no hayamos adelantado tampoco más. Tropezando con las dificultades y apesadumbrados por los males que ellos

no supieron ni pudieron evitar, hacemos algo peor de lo que ellos hicieron; sin más razón que la de una vaga y no demostrada analogía, damos a nuestras cuestiones sociales y políticas soluciones empíricas tomadas, no del pueblo juicioso y republicano a quien pedimos prestada su hermosa constitución, sino de la Francia enloquecida de 1793, como si pudiera compararse jamás el furor del elefante, que, irritado en la opresión hiere y derriba cuanto halla en su contorno, con la inquietud de una ardilla que todo lo toca y lo remueve para gozarse en los placeres de la novedad. Tristes remedos! sólo sirven para demostrar que no aparece todavía el genio destinado a dirigirnos; que no hay quien comprenda nuestra crisis ni a estudiarla se contraiga, y que en la necesidad de hacer algo, hombres medianos nos lanzan a la ventura en la vía de irreflexivos ensayos, y complican más y más una situación ya de suyo difícil y casi desesperante. Y cuando así, introduciendo elementos extraños, se neutraliza y contraría la acción de las instituciones primitivamente adoptadas, oímos diariamente hacer paralelos entre los Estados Unidos y las Repúblicas del Sur, desventajosos para las últimas, en los cuales no se tiene para nada en cuenta la diversidad de circunstancias de los dos pueblos; y vemos también que, tomando, sin criterio, los efectos por causas, se atribuye nuestro innegable malestar a la conducta de los partidos o a la de los hombres llamados a gobernarlos, como si los hombres fueran otra cosa que simples instrumentos y juguetes del querer, intereses y pasiones del pueblo en que transitoriamente figuran. Renunciemos ya a este sistema de mutuas injurias y recriminaciones, que semejan el inútil desahogo de desesperados réprobos. ¿Qué causas determinan la conducta de los partidos y de los hombres, y por qué obran en daño de la sociedad y no en su bien? En otros términos: ¿qué especie de revolución es la nuestra y cuáles son sus caracteres? He aquí el problema que debemos tratar de resolver.

Como serían errados los cálculos que hiciéramos en el Ecuador tomando por base las oscilaciones de un péndulo arreglado en el círculo polar, y falsos también los resultados a que llegáramos en la medición de una altura por las simples indicaciones del barómetro sin verificar antes las indispensables correcciones, así serán equivocados los juicios de los políticos que pretendan decidir de las revoluciones de un pueblo por las de otro; pues éstas son tan variadas como las causas de que proceden.

A las veces un pueblo que halla obstáculos en su camino, hace alto, se incorpora, recoge sus fuerzas, se precipita y los vence para seguir luego como un río majestuoso, sin tropiezos ni resistencias invencibles. Esta especie de incidentes impropriamente llamados revoluciones, no pasan de ser una breve interrupción del movimiento uniformemente acelerado de la sociedad, que en nada altera en el fondo la manera de ser del pueblo que lo experimenta. A los hombres a quienes toca figurar en tales circunstancias, como un Guillermo Tell y un Washington, bástales un poco de valor, lealtad y constancia para seguir en carrera triunfal el resto de sus días.

Poco o nada parecidas a éstas son las revoluciones que experimentan naciones ya formadas y robustas, en cuyo seno nuevas ideas y necesidades han creado y fortificado grandes intereses inconciliables con las instituciones antiguas. Una vez que estos intereses adquieren tal grado de poder, que es imposible, según las leyes del equilibrio social, mantenerlos subordinados y reprimidos, la sociedad se sacude, rompe sus ataduras y derriba el régimen que la oprime. La crisis dura más o menos, hasta que llega la hora de aparecer una nueva organización sobre la base de esos intereses ya conocidos: entonces se presenta el hombre que la Providencia envía al efecto; cumple su misión, desaparece luego y la posteridad le llama genio bienhechor.

Mas, hay para los pueblos otras épocas de terribles conflictos y de prueba, en que todos los intere-

ses se confunden y ninguno predomina; en que el movimiento de la sociedad se altera, se perturba y aun trastorna por la repentina desaparición de las instituciones que lo regularizaban y por el concurso de diversas ideas, pasiones, necesidades y pequeños intereses divergentes o inconciliables. Entonces cada fracción toma diverso camino y tiende a diverso punto; la sociedad y sus miembros se desorientan y dondequiera reinan incertidumbre, confusión y anarquía. Los hombres que en tales momentos levantan las facciones, como representantes de un principio o de un interés, aparecen y se hunden alternativamente, ora para dar lugar a otros que los reemplazan, ora para reaparecer ellos mismos de nuevo con el remo en la mano, lidiando en un mar proceloso. No les atribuyáis el ruido de que aparecen como centro: ese es el ruido de la tempestad que los rodea, que ellos mismos no comprenden y que a ellos mismos aturde. Quizá escriben su nombre en la historia de su patria; pero si alguna vez lo dejan rodeado de gloriosa aureola, más frecuentemente sucumben víctimas de sus propias o de ajenas pasiones, y las intenciones aun de los mejores, juzgadas por resultados que corresponden rara vez a sus planes y esperanzas, son calificadas de antipatrióticas e injustas.

Si echamos una ojeada sobre la historia contemporánea de América española, hallaremos que lo que se ha llamado su revolución, difiere en mucho del movimiento que recibió igual nombre en las colonias inglesas, y mucho más de la terrible crisis que cambió la faz de la nación francesa a principios del presente siglo. Queremos detenernos a demostrarlo; porque nuestro ciego espíritu de imitación agrava y complica mucho nuestros males.

Los angloamericanos pasaron del estado de colonias al de naciones soberanas: a esto se redujo toda su crisis. Removido el obstáculo que les oponía el poder de la Metrópoli, siguieron espontáneas, el camino que de antemano les tenía Dios trazado. Sus hombres públicos hallaron ancho y fácil su camino al

templo de la gloria; y por entre los monumentos que a uno y otro lado levantaban y adornaban con su nombre los intereses preexistentes en la sociedad, lo recorrieron guiados por la virtud ilustrada de sus conciudadanos y entre los aplausos entusiastas de los pueblos que les llevaban sobre sus hombros. Por el contrario, en América española, como luego veremos, la carrera de los grandes hombres es difícil; pudiera decirse que, rechazados por la gloria, se contentan con aspirar a una triste inmortalidad; y cual el famoso incendiario del templo de Diana, aplican la tea al más soberbio monumento de América, obra de los siglos, maravilla del mundo, dicha y orgullo de los pueblos—la creencia católica.

La feudalidad había legado a Francia una aristocracia cargada de privilegios, no menos ofensivos al pueblo que perniciosos a la riqueza pública; un clero orgulloso, lleno de títulos e inmunidades, en frecuente rebelión contra la Santa Sede y entrometido en intrigas palaciegas, y una corte de tiempo atrás corrompida, presidida por reyes degenerados, ineptos e incapaces de comprender ni su misión ni la del pueblo que gobernaban. Todo esto pesaba como un fardo abrumador sobre los hombros de esa gran nación inteligente, ilustrada e industriosa, pero empobrecida por los impuestos, vilipendiada por los privilegios y oprimida por el despotismo. El trastorno de 1793 era un hecho necesario: el rencor y la venganza tenían allí razón de ser, y las exageraciones mismas su disculpa. Extremado como había sido el mal, extremada debía ser la reacción para quedar en el justo medio cuando llegara la hora de restablecer el equilibrio en la sociedad. Pero en América, donde no hubo trono, aristocracia feudal ni privilegios ominosos; donde los nobles no separaron jamás su causa de la causa de los pueblos; donde el clero, elemento precioso de concordia, puso siempre su poderoso influjo al lado de la justicia, y donde, en fin, las rentas de la Iglesia no sirvieron nunca al lujo personal de sus ministros, sino al culto religioso y al alivio del pobre,

aquí, decimos, la constitución civil del clero, la desamortización de los bienes eclesiásticos y el extrañamiento de los obispos y religiosos, medidas ordenadas en Centro América, Méjico y otras Repúblicas; la confiscación de los bienes de los españoles dispuesta por los yorkinos; la matanza de unitarios en Buenos Aires, y cien excesos más, prestados, ya de la Convención francesa, ya de los clubes revolucionarios que la donimaban, han sido medidas atroces y sin objeto; producir males reales para curar males imaginarios; crear el descontento donde no lo había; suscitar enemigos a la república, donde sólo tenía amigos, y retardar su definitivo establecimiento en países que la Providencia había cuidadosamente preparado para el régimen republicano.

La revolución de América española pertenece a la tercera especie que hemos descrito: sólo puede compararse con el trastorno general de Europa en la Edad Media, aunque con caracteres más graves todavía. Como entonces allá, hay hoy aquí aparición de nuevas nacionalidades, confusión de razas, predominio del elemento bárbaro, cambio fundamental en las ideas, en las costumbres, en las instituciones y hasta en las preocupaciones y el lenguaje; como entonces el arrianismo protegido en Oriente y profesado por la poderosa nación goda, turbaba el orden religioso, moral y político de los pueblos, así lo trastorna hoy el protestantismo agasajado en Europa Meridional y profesado por la raza anglo-sajona; como venía en aquel tiempo la civilización de Oriente contaminada por la corrupción de la corte de Bizancio, así la recibimos hoy en América envenenada por los seniles delirios de la sabia Europa. Si los americanos no comprendemos nuestra revolución, tampoco los más grandes hombres de aquella época podían explicarse el carácter de la suya, y sorprendidos y aterrados por la grandeza de los males, anunciaban como próximo el fin del mundo y oían ya sonar la trompeta de la resurrección. Pero en la confusión de Europa las razas pertenecían todas a la misma familia, y si bien la discordia reli-

giosa turbaba la paz y agitaba las almas, moraba la fe en el fondo de todas: el excepticismo no propinaba su letal veneno a aquellas sociedades incipientes, ni el vil utilitarismo había sustituido en muchos corazones al celo religioso y al fuego santo del amor patrio, el mezquino y estúpido egoísmo.

Los prohombres hispanoamericanos se resienten de la revolución en que figuran, son sus hijos legítimos la expresión personificada de nuestro estado social. No negaremos que almas grandes, virtudes y talentos eminentes han sido llamados a figurar en ella; pero todos aparecen pigmeos cuando intentan dominarla, porque tal empresa pide, no sólo un genio extraordinario sino que los acontecimientos mismos le preparen el teatro. Los hombres de virtudes o no se elevan o sucumben muy presto. Aún no ha llegado la época de restablecer el equilibrio social: ningún interés predomina, y toda organización carece, por tanto, de base sólida y estable. Faltos de apoyo para sostenerse, los hombres públicos, no hallando intereses que los ayuden, llaman en su auxilio las pasiones, que como fatal herencia de todos los hijos de Adán, tienen albergue en todos los corazones y responden voluntarias al llamamiento.

Pened si no en juicio uno por uno a todos estos que, cubiertos de sangre, se decoran con los títulos pomposos de Beneméritos, Exclarecidos, Libertadores y Grandes, y hallaréis que todos se parecen, que todos han seguido la misma senda y han llegado a su fin sin dejar una sola huella del genio, ni una idea nueva, ni una sola institución permanente, ni un solo recuerdo grato para los pueblos. Sus nombres quedan, es cierto, pero escritos por la punta de la lanza con pavezas y sangre sobre montones de escombros. Oh! qué son ellos? Digámoslo con franqueza: semejantes al grano de nieve que se desprende de la cima de los Alpes y crece, rodando, por la adición de otro grano, de otros ciento, de otros mil y de millones más, que forman al fin un lurte aterrador, que arrasa los campos, arruina los pueblos y sume en la aflic-

ción a millares de familias, así son ellos; la casualidad, talvez el delito, hace que se desprenda un hombre de la masa social, y precipitándose en la pendiente del crimen, crece como el lurte con las pasiones que encuentra en su camino. Pero ¿dónde está el genio, dónde la grandeza de ese grano de nieve miserable que un rayo del sol habría licuado, que un niño pudiera haber deshecho entre sus dedos? Así son grandes, Morazán, Rosas, Santana, Belzú, Castilla y hasta Facundo Quiroga! Qué dejaron en pos de sí? La memoria del crimen sobre ruinas, nada más!

Demostrado que la revolución de América española difiere esencialmente de la francesa y mucho más de la angloamericana, e indicada cuál es la especie de revoluciones a que pertenece, nos resta sólo analizarla. Nuestra revolución es la más compleja que se haya presentado en el mundo: se compone de cinco revoluciones fundamentales y simultáneas: revolución de independencia, revolución económica, revolución política, revolución religiosa y revolución social. Cada una de éstas comprende indefinido número de revoluciones secundarias, y en sus relaciones con las demás, concurre a darles a todas más vigor y a producir otras no menos desastrosas. Para no cansar a nuestros lectores con un escrito demasiado largo, dedicaremos a este análisis el artículo siguiente.